

HISTORIA

Biblia y traducción (31): «¿Cómo caiste del cielo, ó Lucifer...?»

Por Juan Gabriel López Guix

«¿Cómo caiste del cielo, ó Lucifer, que nacías por la mañana? ¿Cómo caiste en tierra, tú que llagabas las gentes?» Este versículo (Isaías, 14:12) pertenece a la versión de Scío de San Miguel (1791), la primera traducción católica de la Biblia al castellano. El fragmento, que narra el conocido episodio de la *hubris* y la derrota luciferina, contiene la única mención a «Lucifer» de toda la Biblia y en el contexto del primer Isaías (siglo VIII) forma parte de una diatriba contra la arrogancia del rey de Babilonia:

¿Cómo caiste del cielo, ó Lucifer, que nacías por la mañana? ¿Cómo caiste en tierra, tú que llagabas las gentes? Tú que decías en tu corazon: Subiré al cielo sobre los astros de Dios ensalzaré mi solio, me sentaré en el monte del testamento, á los lados del Aquilon. Subiré sobre la altura de las nubes, semejante seré al Altísimo. Mas al infierno serás precipitado en lo profundo del lago [...].

El nombre de Lucifer había aparecido por primera vez en la Vulgata (c. 400), que fue el «original» traducido por Scío. Jerónimo de Estridón no inventó la palabra (que significa «portador de la luz», sinónimo latino habitual de Venus), pero la transformó por completo al utilizarla para traducir el hebreo «helel ben-shahar» siguiendo literalmente la versión griega de la Septuaginta (siglos II-III a..e..c.), que había utilizado «*to heosphoros*» («portador del alba»). Eósforo (también llamado Fósforo) es hijo de Eos, personificado en Venus, el Lucero del Alba.

La siguiente Biblia católica, la de Torres-Amat (1824), que también seguía el texto latino, tradujo: «¿Cómo caiste del cielo, oh lucero, tú que tanto brillabas por la mañana? ¿Cómo fuiste precipitado por tierra, tú que has sido la ruina de las naciones?». Observamos la desaparición del nombre propio (rescatado *in extremis* en las notas a pie de página) y el inicio del abandono de la identificación que los Padres de la Iglesia creyeron ver entre Satanás y la Estrella de la Mañana. En el siglo XX, las biblias católicas siguieron la senda planetaria y completaron la obliteración del nombre satánico.

Resulta curiosa la fuerte presencia de «Lucifer» entre nosotros dada su fugaz aparición textual. Sin duda, la prolongada persecución histórica a que fue sometida la traducción y la posesión de biblias en vulgar explica que la influencia del texto bíblico se ejerciera a partir de materiales secundarios, donde Lucifer no dejó de ser una presencia viva.

Las palabras hebreas *helel ben-shahar*, se traducen hoy por «el Brillante, hijo del alba» y en ellas se reconoce una alusión a Venus. El siglo XIX las asoció con el mito griego de Faetón («Brillante») o Eósforo (dos hijos de Eos, la Aurora, confundidos tempranamente). El joven y arrogante Faetón es incapaz de conducir el carro del sol y debe ser fulminado por Zeus para evitar la destrucción del mundo. El descubrimiento de los textos de Ras Shamra permitió establecer una relación con el ciclo ugarítico de Baal. El dios Athtar, dios de la irrigación de origen sudarábigo, es llamado para ocupar el trono de Baal, pero se ve incapaz de hacerlo adecuadamente («sus pies no llegaban al escabel, su cabeza no alcanzaba el remate», KTU 1.6 I 59-60), se ve obligado a reconocer su incapacidad («No puedo reinar en las cumbres de Sapán», KTU 1.6 I 62) y acaba reinando en la tierra. La palabra ugarítica *ars* puede significar «tierra» e «inframundo». Lo que entre los griegos acabó siendo un cuento moral fue utilizado por el autor de Isaías para denostar la insolencia del rey babilónico y pasó a la mitología cristiana como ejemplo del orgullo desmedido y la rebelión frustrada contra Dios. Así, mediante la singular alquimia de la traducción, el alba se convirtió en tinieblas, y el fósforo, en azufre.

[Ver todos los artículos de «Biblia y traducción»](#)